

se suceden sólo después de punto y coma, lo cual entorpece un poco la visión: quizá esto se debió a economía de espacio, pues, de hacerlo como en el primero, se habrían aumentado unas 30 o 40 páginas. 4) Por último la adición de un índice de nombres, especial en cada tomo, dedicado en primer lugar a los filósofos y pensadores de la época antigua, pero donde también se enumeran los filólogos, estudiosos e investigadores de nuestro tiempo, aludidos en el texto.

No me resta sino recomendar ampliamente el tratado del profesor Adorno, cuya lectura aun en el original italiano no será difícil a los hispanohablantes. En él los estudiantes y estudiosos encontrarán una síntesis notable de la filosofía antigua, dispuesta dentro de las coordenadas de espacio y tiempo, historia y política, ciencia y arte, religión y cultura en general.

BERNABÉ NAVARRO

*Innovation und Folgelast. Beispiele aus der neueren Philosophie und Wissenschaftsgeschichte*, por Reiner Specht, Frommann Verlag, Stuttgart-Bad Cannstatt, 1972.

Desde cierto punto de vista podría considerarse el libro que se reseña aquí como un conjunto de ensayos monográficos de historia de la filosofía, precedidos por un capítulo donde el autor explica los conceptos y estructuras con que expone e interpreta los movimientos escogidos y los filósofos que los representan. Sin duda, el libro es esto, pero no solamente esto, a mi juicio y según los propósitos del autor. Ya desde el mismo título, en su segunda parte, se sugiere otra intención: *Ejemplos de la historia de la filosofía y ciencia modernas*. Es decir, los temas o problemas escogidos son más bien una "ejemplificación" con-

creta de una teoría; una aplicación a doctrinas, pensamientos, sucesos y circunstancias particulares, de una concepción filosófica establecida para entender, por una parte, el proceso histórico mismo de las ideas y, por otra, la visión de los hombres de tal proceso. Yo creo que no debe perderse de vista este hecho, porque constituye, a mi juicio, el aspecto fundamental de la obra y la aportación específica del autor.

Precisamente por esto la especulación e investigación del profesor Specht puede ser tenida como modelo para hacer verdadera "historia de las ideas", es decir, teoría sobre los procesos ideológicos dados en la historia, a través de hechos y circunstancias de individuos, grupos y naciones. Si desde un ángulo toda historia, en cuanto disciplina o ciencia, debe fundarse en una teoría filosófica en sus rasgos fundamentales, con mucho mayor razón una historia de las ideas, de las doctrinas o del pensamiento, debe consistir en una teoría filosófica, en una filosofía de la historia referida a las ideas y a su dinámica y estructura, tanto internas, como en sus nexos externos. La verdadera historia de las ideas, indudablemente, no puede reducirse a simple descripción de hechos o a presentación escueta de doctrinas, aunque muchos autores se consideran y son considerados como "historiadores" de la filosofía por redactar tales escritos, sobre todo quienes confeccionan tratados generales. Una obra se acercará tanto más a la verdadera historia ideológica, cuanto más abandone la mera descripción y se dedique a la teorización e interpretación profundas, explicativas. Es cierto, por otra parte, que la historia de las ideas no es un tratado directo de ellas, en su dimensión, por decirlo así, ahistórica.

Su objeto directo no serán las ideas o doctrinas mismas, abstractas, en su calidad y valor en cuanto tales, indepen-

dientemente de autores, circunstancias, hechos, así como, sobre todo, del proceso dinámico histórico mismo. Su objeto son esas mismas ideas o doctrinas enlazadas unas con otras, determinando el progreso o retroceso de la cultura y del hombre, derivando de movimientos en otros campos de la vida y del quehacer humanos y condicionando tendencias y actitudes en los mismos o en diferentes sectores. Será su objeto, asimismo, todo fenómeno o hecho que produzca modificaciones en el pensamiento, así sean llevadas a cabo por factores espurios o inadecuados, como podían serlo en la Edad Media y épocas parecidas la magia y la alquimia, o la religión en general y la teología en particular.

En el sentido anterior el libro del profesor Specht me ha llamado poderosamente la atención y ha ejercido sobre mí, directa e indirectamente, un influjo profundo y benéfico. Directamente, en lo que se refiere al examen y a la censura de mis modestos trabajos en el campo de la historia de las ideas, así como el cambio de orientación en los que vuelva a hacer algún día. Indirectamente, en lo que se refiere a mi estudio y valoración de los trabajos que suelen hacerse y presentarse o publicarse entre nosotros en dicho campo.

Ante todo voy a referirme a la teoría básica que le sirve al autor de instrumento para la visión e interpretación. A primera vista parece bastante compleja, sobre todo, tal vez, por que no es presentada, al menos como algo auxiliar adicional, en un esquema o cuadro sinóptico. El punto de partida lo constituye la distinción entre el mundo real, objetivo, y el mundo subjetivo, el cual consiste en que "personas o grupos, por ejemplo Goethe, científicos o magos, actualizan en cierto modo sus visiones del mundo o las proyectan desde sí y se construyen por ese medio mundos propios" (p. 11).

A este mundo lo llama el autor "mundo-S" ("*S-Welt*"), donde la "S" naturalmente, significa que se trata de "mundos propios de sujetos". Sin embargo, utilizar como base de una concepción e interpretación algo puramente subjetivo, sería extraño y llevaría a un subjetivismo. Por eso el autor añade, precisando, que "a la forma de tales mundos propios" le están "subordinados sistemas teóricos" y entre aquélla y éstos "existe una conexión". Según esto, la "S" puede también significar y significa "sistemático" o más precisamente: "mundo condicionado a un sistema" o a "una teoría". Los sistemas teóricos condicionados a los mundos-S los llama a su vez el autor "contextos explicativos" (*Erklärungskontexte*). Después de estas bases, presenta lo que va a ser en esencia su obra: "En este libro yo trato, en una forma más bien sin rigor, de externar suposiciones y observaciones sobre la conexión de *mundo-S* y *contextos explicativos*. (*Ibid.*)

Estos dos conceptos son los elementos fundamentales de la estructura interpretativa. Pero ya a un lector atento se le manifestará que la concepción e interpretación del proceso de las ideas en la historia en cierta forma se le han facilitado y simplificado, al aproximar y casi identificar "mundo" y "teoría". Mas precisamente, lo que debe hacer una historia de la filosofía y una filosofía de la historia es *facilitar* y *simplificar*, para comprender mejor. Si al concepto "mundo" se le da un sentido o valor formal y radicalmente objetivo, entonces tenemos la posición tradicional, "de que la teoría debe regirse de acuerdo con el mundo y por eso nos inclinamos a tener por extraña la afirmación de que una teoría modifica al mundo". (*Ibid.*) La interacción entre mundo y teoría será tanto más explicable y admisible cuanto más se acerque aquél a ésta; y será

tanto más inaceptable e incomprensible, cuanto más se conciba aquél como una entidad objetiva, realista, independiente. Por ello, "si 'mundo' y 'teoría' son entendidos más bien como 'mundo-S' y 'contexto explicativo', y si, además, se hace uno claro que 'mundos-S' son teorías objetivadas, entonces es manifiesto que no únicamente las modificaciones del mundo tienen consecuencias para la teoría, sino que por encima de esto y sobre todo, las modificaciones de la teoría conducen a modificaciones del mundo-S" (p. 12). Sin embargo, será recomendable mantener una diferencia y llamar "modificaciones teóricas" a las hechas sobre el contexto explicativo y "modificaciones prácticas" a las que tienen lugar en el mundo-S. Las primeras no tienen problema, porque se las puede describir, "cuando se conocen los elementos de que consta el contexto explicativo". Las segundas son complicadas, porque, según el autor, pueden ser de cuatro clases: 1) "el mundo-S se modifica inmediatamente debido a la proyección de un cambio de contexto"; 2) "después de un cambio del mundo-S se modifica en él el obrar, porque se modificó una parte de las condiciones del obrar"; 3) "consideraciones teóricas nos pueden mover inmediatamente a acciones, y consideraciones teóricas modificadas nos mueven usualmente a otras acciones; y esto modifica una vez más al mundo"; 4) "modificaciones del contexto explicativo, así como modificaciones del mundo-S que siguen a aquéllas, pueden excitar la resistencia de individuos y grupos que tienen algo que objetar contra esa modificación" (p. 13).

En esto último puede verse lo completo, no ya del instrumental, sino de la materia misma explicable por él. Avanzando desde uno de los conceptos fundamentales, el de "contexto explicativo", el autor nos habla de las "operaciones"

que tienen lugar con los elementos que producen modificaciones en aquél. Esas operaciones, en serie coherente, pueden entenderse como un "juego" (*Spiel*), un "juego contextual" (*Kontextspiel*). El estudio y descripción de ese juego o interacción entre los contextos explicativos será el hilo conductor a través del libro, independientemente de que se puedan fijar o considerar dadas "reglas precisas de juego". De acuerdo con esto último, el libro entero y su método, en parte, se resume en las siguientes breves frases: "En el primer capítulo me contenté con trazar un esbozo burdo del curso del juego y de las posibles situaciones, porque hasta ahora no sé nada más preciso. Por tanto, no soy de opinión de que haya descrito ahí el juego mediante la comunicación de sus reglas. Luego, en los capítulos posteriores considero un par de ejemplos particulares: ¿Qué sucedió cuando Occam modificó el modelo de enlace, cuando Descartes cambió una región contextual o Espinoza las tesis fundamentales y Locke el criterio de la realidad? Si aquí debieran darse reglas generales de juego, se las podría describir en primerísimo lugar en la investigación de muchos ejemplos particulares. Yo, sin embargo, remitiré sólo a algunos ejemplos, y en ello únicamente me importa la situación del juego y el curso del mismo. Para no despertar, ni siquiera en forma insinuante, la impresión de que deseo publicar en este libro investigaciones históricas sobre determinados acontecimientos, he renunciado casi totalmente a citas y notas. Las afirmaciones comprobables sirven únicamente para la ilustración y concretización" (pp. 13-14).

Otra cosa importante que se destaca en varios párrafos de la sección formal del libro (prólogo y capítulo primero), son ciertas consideraciones del autor que apuntan hacia un nuevo concepto de la

filosofía misma, fundado precisamente en sus tesis para la interpretación del proceso ideológico en la historia. El autor recorre diversas descripciones de las tareas o funciones atribuidas a la filosofía —“interpretación del mundo”, “contemplación del verdadero ser”— y aun a la metafísica —“región de afirmaciones no decidibles”, “medio de producción de absurdos”— y considera que una nueva perspectiva puede salvar a ambas, a cuyo propósito el autor hace hincapié especial en el aspecto práctico. He aquí cómo precisa la tarea que ahora, dentro de ese enfoque filosófico-histórico, corresponde a nuestra disciplina: “Si, por el contrario, la *filosofía se entiende como una parte del contexto explicativo*, que junto a funciones teóricas también las tiene prácticas, entonces en la contemplación de cualesquiera modificaciones filosóficas se supondrá directamente en forma rutinaria que tal vez con su ayuda deberían producirse determinadas modificaciones prácticas y que con gran probabilidad por su medio también fueron producidas antes de hecho algunas modificaciones prácticas (aun cuando no hayan sido siempre las deseadas)” (pp. 17-18).

Los momentos históricos de aplicación práctica de la teoría deben considerarse adecuadamente escogidos, pues entre la época final de la Edad Media y lo que podría llamarse inicio del espíritu crítico-empírico, no parece poder pensarse en movimientos ideológicos más ricos y complejos que los representados y conducidos por Occam, Descartes, Espinoza y Locke. Tal vez podría caber duda respecto a Hobbes y Leibniz (no así respecto a Suárez, Gassendi o Malebranche). Mas creo que en el caso de Hobbes, tomando en cuenta su dependencia y cercanía de Descartes, no puede atribuirse a éste un influjo tan amplio y profundo sobre su época, como para

considerarlo característico; en el caso de Leibniz —y quizá también en el de Hobbes y los otros posibles— tal vez el autor hizo su selección de acuerdo con temas que él consideró necesario destacar en orden a sus puntos de vista o que constituyen una unidad en función del hilo conductor que los une: en todo caso, no creo que escoger a Espinoza frente a Leibniz pueda considerarse erróneo o inadecuado.

El autor ya ha ofrecido frutos valiosos de su dedicación a la historia de las ideas en la época inicial de la modernidad. Me refiero a su libro *Commercium mentis et corporis. Über Kausalvorstellungen im Cartesianismus (Relaciones de la mente y del cuerpo. Sobre las ideas de causalidad en el cartesianismo)*, Stuttgart-Bad Cannstatt, 1966, donde, como lo dice el título, se ocupa de uno de los problemas filosóficos más cruciales de la época cartesiana y más importantes dentro de la transición del pensamiento medieval al moderno.

Mucho ayudará para situar las ideas de Specht dar a conocer las referencias que él mismo hace a sus maestros, sea en la cátedra y el seminario, sea a través de los libros. Los más importantes, así por su categoría como por sus doctrinas, me parecen Richard Walzer, Carl Schmidt, Carl F. von Weizsäcker, Karl Popper, Thomas Kuhn, Stephen Toulmin, Friedrich Gundolf, etc.

Como última observación y para quien desee leer algo de esta valiosa obra en español, me permito recordar que buena parte del capítulo V fue publicada en el tomo XVI de *Diánoia*, México, 1970, pp. 20-41, en traducción mía con el título: “Descartes. Un ejemplo de ciencia natural en los albores de la época moderna”.

BERNABÉ NAVARRO